

¿CUÁLES SON LAS REGLAS?

¡No hay ninguna!

ESTE ES EL MÁS EMOCIONANTE y, al mismo tiempo, enigmático factor de ser miembro de la iglesia. Muchas personas piensan que ser cristiano es cumplir con una gran cantidad de reglas por las cuales Dios nos recompensará; si no cumplimos con cada una de ellas, por supuesto, podemos esperar castigo. Así que cuando se hacen miembros de una iglesia, automáticamente preguntan, «¿cuáles son las reglas?»

Algunas veces son muy específicos:

«¿Puedo ser cristiano y seguir fumando?»

«¿Y si juego cartas?»

«¿Tengo que dejar de bailar?»

Y ahí sigue la lista, incluyendo preguntas acerca de la bebida, actividades deportivas, la participación militar y cosas por el estilo. Frecuentemente, también quieren saber a cuantas reuniones y cultos de la iglesia tienen que asistir, o si se la pueden pasar con sólo una experiencia de adoración a la semana. La verdadera pregunta, aunque no siempre tan directamente planteada es «¿Cuánto puedo salirme con la mía y aún ser cristiano?» Para contestar esa pregunta, tienes que saber cuales son las reglas.

Pero, ¿y si no hay reglas?

Eso es lo que frustra a algunos nuevos cristianos. Quieren que alguno, su pastor, o algún cristiano maduro, les explique deta-

lladamente lo que pueden y lo que no pueden hacer. Pero los cristianos sabios titubean en reducir algo tan maravilloso como la vida cristiana a un legalista formulario de hacer y no hacer.

Es en este punto que la religión cristiana es tan distinta de cualquier otra religión o sociedad en general. Fue a gente exactamente como nosotros y de quienes toda su experiencia religiosa estaba basada en reglas, a los que el apóstol Pablo escribió:

«Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud»
(Gálatas 5:1).

Anterior a eso, Pablo había explicado a estos creyentes gálatas la diferencia que Cristo había hecho en sus vidas. Al principio, habían sido encadenados a una religión de reglamentos, pero ahora ya no.

Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gálatas 3:23-27).

Así que la gran bendición de ser cristiano es que ahora somos libres. Cristo nos libertó de la tiranía de las reglas.

Un profesor cristiano de psicología explicó a una congregación este emocionante regalo de Cristo. Para ilustrar este punto les dijo: «Cuando salgan del culto, pueden irse y hacer lo que quieran». Varios del auditorio le dijeron después, que consideraban peligrosa su declaración. Sin embargo, cuando les respondió, él enfatizó aún más, «¿Qué clase de gente son ustedes?»

Miren, Cristo no nos libertó para hacer cualquier cosa. El nos libertó para convertirnos en las personas más finas que sea posible. El no puso reglas, porque la mejor gente no necesita reglas, ¡y él no quiere que seamos, sino la mejor gente!

La vida nos presenta cientos de elecciones diariamente. Ninguna de ellas es muy significativa frecuentemente. Pero al sumar todas las decisiones que has hecho en tu vida, puedes ver que tus elecciones están moldeando gradualmente tu carácter encaminándolo hacia lo mejor posible o hacia lo peor posible. Te estás moviendo hacia Dios o hacia Satanás. Cristo nos ha dejado el poder de la decisión. El se ha presentado como la Persona ideal. Con él como nuestro ejemplo no necesitamos reglas; sólo necesitamos seguir al Modelo.

De vez en cuando, en esta iglesia nos oírás decir: «No tenemos otro credo que Cristo». En primer lugar, eso significa que no requerimos que memorices o repitas ninguna declaración de fe, excepto tu fe en Cristo como Hijo de Dios. También significa algo más. Significa que no tenemos otro conjunto de reglamentos o expectativas sino a Cristo. En vez de darte una lista de, por decir, veinticinco reglas que debas obedecer, sólo apuntamos hacia Cristo y decimos, «llega a ser como él.» El es nuestro Salvador y Señor. Queremos complacerlo; queremos llegar a ser como él.

Francamente, esto demanda más que cualquier sistema legalista. Jesús estableció el patrón a seguir en el Sermón del Monte. En ese sermón dijo: «Así que, todas las cosas que queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:12). Esta «Regla de Oro» es lo que más gente conoce como ética cristiana. Es muy difícil de vivir, pero hay una medida que sirve de norma aún más elevada: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48).

Los discípulos de Jesús no están contentos con nada menos que complacerlo, y complacerlo es ser lo mejor.

Puesto que mucha gente piensa que la esencia de la ética cristiana se encuentra resumida en los Diez Mandamientos, tal vez debemos decir algunas palabras al respecto. No existe duda de que estos reglamentos de la ley del Antiguo Testamento han condensado más influencia en la ética y la ley en

países cristianos que cualquier otro documento sagrado. En la Edad Media, por ejemplo, no era insólito que los códices legales comenzaran con los Diez Mandamientos como advertencia, y aún hoy existen personas que vagamente saben algo del cristianismo, pero en cambio, si conocen la mayoría de los Diez Mandamientos.

Se encuentran dos listas, una en Exodo 20:1-17 y la otra en Deuteronomio 5:6-21. Realmente no son listas de reglas; en su lugar son términos del pacto (acuerdos) entre Dios y su pueblo, indicando responsabilidad humana hacia Dios y hacia los demás de su pueblo. Son el código moral de los redimidos de Dios. Porque Dios los ha redimido, él espera que se comporten con una moral elevada. Claro está que la religión y la moral no pueden separarse. Los primeros cuatro mandamientos son «religiosos», los últimos seis son éticos. Todos los mandamientos son generales, lo que algunas veces se nos dificulta es saber cómo aplicarlos a situaciones específicas. Pero también son flexibles y, por tanto, pertinentes en muchas culturas.

Los Diez Mandamientos han servido como una excelente guía general para la conducta moral a través de los siglos. Cuando Cristo vino, sin embargo, cumplió la ley antigua, incluyendo los mandamientos. Al cumplirlos no los hizo a un lado; en su lugar, mostró su verdadero significado y elevó aún más las normas.

Es muy popular pensar que el resumen de la ley hecho por Jesús es la Regla de Oro. («Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» [Mateo 7:12]). En cierto nivel, esta es una buena declaración resumida, pero deja fuera el factor motivacional. Realmente no nos dice por qué debemos actuar así hacia los demás.

Jesús resumió más claramente toda la ley, y de paso dio su propio modelo ético, en Mateo 22:34-40. Entre los oyentes a los cuales Jesús se dirigía había un abogado. El formuló una variante de la pregunta que hemos estado considerando en este Capítulo, «¿Cuáles son las reglas?» Su pregunta fue: «Maes-

tro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?» Y Jesús respondió con su magnífica enseñanza respecto a las reglas de fe:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y grande mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

Ahora podemos entender por qué el psicólogo cristiano le dijo a su congregación, «Cuando salgas del culto, puedes ir y hacer lo que quieras», y luego les preguntó acerca de qué clase de gente eran. Si eres de Cristo, y estás deseoso de complacerlo, amarás tanto a Dios y amarás tanto a tu prójimo que estarás en libertad de hacer lo que quieras; porque querrás hacer lo mejor. Te has trasladado más allá de las reglas del amor, más allá del egoísmo humano hacia el desinteresado amor cristiano.

Mucho mas allá, cuando tienes duda respecto a cómo amar, tienes un ejemplo de amor a seguir, Jesucristo. Recuerda que cuando fuiste bautizado te revestiste de Cristo. Enterraste tu antiguo egoísmo y conciencia culpable; fuiste levantado de los muertos como Cristo fue levantado. Ahora, tú perteneces a él, te has identificado con él. Eres una persona nueva y amorosa (busca Romanos 6:1-11).

Ahora que eres de Cristo, tienes un nuevo punto de vista hacia todo en la vida. Como Will Rogers, por ejemplo, «mejor prefieres ser el que compró el puente de Brooklyn que el que lo vendió». Como el Hamlet de Shakespeare, tú «asumirás una virtud, si no la tienes». Como C.S. Lewis, aún en el caso de que no estás seguro que amas a tu prójimo, actuarás como si lo hicieras. Y como Cristo, «[andarás] en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros» (Efesios 5:2).

No siempre será fácil. Paul Geren escribió una historia muy sensible de sus experiencias en Burma durante la guerra. En una ocasión —escribió él—, era uno de los tres hombres que tenían la responsabilidad de ayudar a trasladar gente de un

hospital a otro. Estando parados en la puerta de entrada del edificio que había sido designado para las víctimas de disentería, oliendo el aire viciado y con el estómago revuelto por esta escena inaguantable, uno de los hombres dijo, «estoy muy contento en este preciso momento de que soy agnóstico». Más tarde Geren explicó que lo que quiso decir fue que puesto que no creía en el amor de Cristo, podía dejar el odioso trabajo de cambiar a estas víctimas de disentería en otras manos. Sabía que un cristiano no era libre para quedarse parado y mirar. El amor demandaba que ayudara.

La verdadera pregunta para los cristianos no es, «¿Cuáles son las reglas?» sino «¿Qué demanda el amor de Cristo que haga en esta situación?»